



Hablemos de Dios Trinidad

Hasta ahora no hemos llamado «personas» al Padre, al Hijo y al Espíritu. Pero, una vez afirmado que son relaciones de amor, podemos decirlo: lo que los define como persona es su darse en amor el uno al otro, vivir en comunión de amor.

JUAN OCHAGAVÍA S.J.

Vivimos el ocaso de las religiones institucionales. Tenemos una imagen desgastada de Dios. Nos resulta un ser lejano, solitario, ajeno a nuestras vidas. A lo más aparece en algunos ritos que marcan la existencia. La pandemia ha contribuido a sosegarlos un poco y entrar en nuestra interioridad, pero hemos perdido el hábito y esto nos cuesta. El estrés del consumo se lleva todas nuestras fuerzas. No hay tiempo para lo religioso. Por esto pienso en la necesidad de volver a lo básico. Al Dios vivo de la Sagrada Escritura, al Dios de los primeros cristianos y de los santos de ayer y de hoy.

Esta reflexión parte del rito de persignarnos «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». De eso que aprendimos cuando niños y que hasta hoy lo practican los futbolistas al entrar a la cancha.

¿Qué decimos al decir «Dios Trinidad»? Jesús nunca usó la palabra Trinidad y tampoco se encuentra en la Biblia. Apareció más tarde, a fines del siglo II y comienzos del siglo III, en la pluma de algunos valientes defensores de la fe cristiana. Con la fiesta litúrgica de la Santísima Trinidad (año 1334) se difundió su empleo y hoy es nombre común de muchas mujeres, templos, escuelas y parroquias.

Jesús hablaba de su Padre y del Espíritu que nos enviaría al ser glorificado por su muerte. Su Padre era el mismo Dios de Israel, el de las promesas y la alianza. Vivía en continuidad con el Dios de sus antepasados. Cumplía en la tierra la misión que él le encomendara. Afirmaba ser uno e igual a él (Jn 14, 10; 16, 33). Lo mismo respecto al Espíritu que operó su encarnación, lo guiaba en el cumplimiento de su misión, lo resucitó de entre los muertos y lo derramó en Pentecostés. Esta es la fe de Jesús, la que anunciaron los apóstoles y que se difundió por toda la cuenca del Mediterráneo. En ella se profesa la fe en Dios Padre, se proclama la salvación pascual que nos trae Jesucristo y la comunidad sale a evangelizar movida por el Espíritu Santo. Se nombra abundantemente a los sujetos, pero no se usa la palabra Trinidad.

Fue a raíz de los desequilibrios doctrinales (=herejía, que significa tomar solo una parte) que se acuñó este vocablo (Tertuliano). Era entonces el término adecuado para

Trinidad es un buen término para señalar el conjunto de la acción salvífica del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo en nuestro mundo.

proteger la fe cristiana de ciertos errores. Primero fueron los gnósticos del siglo II que para salvar la distancia entre el Infinito y las criaturas inventaron una escala de dioses que descendían desde la alta pureza del espíritu hasta la baja y despreciable materia. Para ellos había dos cristos, el de arriba y el de abajo. El primero todo puro e identificado con el Principio supremo; el otro, frágil y sucio por razón de la materia.

Contra ellos surgió San Ireneo (siglo II) afirmando un solo Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el creador del mundo. Él queda extático ante la grandeza de Dios. Lo ve presente en todo lo que existe, hasta su intimidad más honda. No hay metro que pueda medirlo, es inmensurable. Trasciende toda frontera o límite del tiempo y del espacio: es eterno e inmenso. No recibe el ser de ningún otro, es ingénito. Es misterio inaccesible porque excede todo lo que de él podemos pensar o sentir. Todo esto mirando a Dios Padre en sí mismo, «según su grandeza».

Pero Dios para Ireneo no es solo grandeza. La fuerza expansiva de su amor es mayor que su trascendencia y grandeza. Su amor es comunicación infinita, don total que genera otro igual, su Hijo, el Verbo; y suscita en este una respuesta viva de Amor, el Espíritu Santo, que es la comunicación de Dios hacia las criaturas. Por amor, el Dios creador se hace criatura en el Hijo, se limita en el tiempo, deviene historia humana con todas sus glorias y miserias. Desde Belén hasta el Calvario Dios Padre acompaña a su Hijo Jesús, se alegra con su ministerio del Reino y sufre con sus rechazos y sufrimientos. En la cruz lo fortalece con el Espíritu para su entrega heroica y, muy lejos de abandonarlo, recibe su alma en espera del día de la victoria. Lo resucita colmándolo del Espíritu de Vida, haciéndolo Hijo y Señor en poder, y se goza con él y con todos los que junto con él pasan a la gloria del paraíso. Nada

más alejado de la fe cristiana que la idea de un dios solitario, «allá arriba», ajeno a las vicisitudes y triunfos de la humanidad. Dios es comunión de amor, vive inserto en el mundo para nuestro bien. No solo el Hijo trabaja. El Padre también trabaja (Jn 5, 24).

Con este trasfondo Ireneo enfrenta tanto a los gnósticos como al politeísmo del imperio romano. Para él la Trinidad no es una cuestión de aritmética. No viene al caso preguntarse cómo uno puede ser tres y tres uno. Tenía muy claro que, si a nivel de lo creado tres cosas limitadas pueden sumarse, esto no resulta con el Todo infinito. No pueden existir tres «todos infinitos» porque el primero no daría lugar a que otros compitan con él. Si así fuera ya no sería el Todo infinito. En la Trinidad no podemos hablar de «tres dioses» porque si los hubiere, dos de ellos ya no serían el Todo, que es Dios. Dios no se deja enumerar con los números de la aritmética. El Padre, el Hijo y el Espíritu son distintos, pero conviven en un solo ser, una sola esencia, un solo Todo infinito. Su diferencia hay que buscarla no por el lado del ser, de la sustancia, sino por la comunicación en el amor.

El siglo IV es llamado «el siglo de los desequilibrios trinitarios», siendo los dos principales el de Arrio y el de Eunomio. Arrio, un hombre celoso de la grandeza de Dios, no podía soportar que Jesús perteneciera a la esfera de lo divino, que fuese igual al Padre. Lo bajó de categoría confesándolo como «dios de segunda clase» y que «hubo un tiempo en que no existía». Eunomio por su parte tuvo el eterno problema de los filósofos griegos, conciliar el uno con el múltiple. Sostuvo que los nombres de Padre, Hijo y Espíritu designaban tres modos diversos con que Dios actuaba en la historia de la humanidad. Tres caretas distintas del mismo personaje. De aquí que su desequilibrio se llamara modalismo.



Cristo crucificado,
por Diego Velázquez
(1599-1660).

Podría pensarse que el Hijo es suma fragilidad. Pero esto no es así porque no hay nada tan fuerte como el amor de Dios. Y la prueba es la resurrección y exaltación del Crucificado.

El Concilio de Nicea (año 325) combatió a Arrio declarando al Hijo Jesucristo consubstancial (*homoousios*) al Padre. Es decir, de la misma e igual naturaleza del Padre. Con esta formulación se superaba el gnosticismo y el arrianismo. Pero la victoria de Nicea no fue fácil porque las autoridades del Imperio estaban inficionadas de arrianismo

o de su forma más tenue, la semiarriana. Se sumaba a esto el que muchos degradaban al Espíritu Santo, negándole la divinidad. Como estas luchas teológicas turbaban la paz del Imperio, el emperador Teodosio convocó un Concilio en Constantinopla (año 381). Allí se elaboró un credo que responde al desequilibrio arriano y al de Eunomio.

Es un credo ceñido a la Escritura siguiendo el orden del proyecto divino de la salvación. El Padre, el único Dios, por medio del Hijo Jesucristo, en la energía del Espíritu Santo, nos lleva en la iglesia católica hasta la Vida eterna. Es hasta hoy día la profesión de fe de todas las iglesias cristianas. No emplea la palabra Trinidad con lo cual está diciendo que este término no es parte del contenido directo de su credo.

Empleo del nombre Trinidad

Este breve recorrido histórico deja en claro que el modo bíblico de hablar de Dios no está centrado en la palabra Trinidad. Lo encontramos también en la liturgia que celebra la fiesta de la Trinidad, no dentro sino fuera del tiempo pascual, el domingo después de Pentecostés, lo que es muy decidor. ¿Significa esto que hayamos de evitar el empleo del nombre de la Trinidad? De ninguna manera, por varias razones.

Trinidad es un buen término para señalar el conjunto de la acción salvífica del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo en nuestro mundo. Aunque a algunos pueda parecer lo contrario, no pretende tratar de Dios en sí mismo (Trinidad inmanente) sino en la historia (Trinidad económica). De hecho nos es imposible hablar de Dios en sí mismo porque estamos situados en la historia; nuestra habla arranca desde la historia y está toda impregnada de ella. El vocablo Trinidad denomina a las tres personas divinas en su acción dinámica de salvar el mundo.

Si bien el término surgió como respuesta a los desequilibrios doctrinales de los primeros siglos, estos hoy no han desaparecido, están ocultas, son cripto herejías. El neo-paganismo se respira por todas partes con su culto al éxito material, a lo caduco, aparente y superficial. El gnosticismo se da sobre todo en grupos elitarios, con claves secretas de unión mística, desinteresados del cristiano corriente. El modalismo pervive en aquellos que, al hablar de Dios, se refieren indistintamente a veces al Padre, otras al Hijo, otras al Espíritu Santo, un solo y mismo sujeto que solo cambia de nombre, permaneciendo siempre el mismo. Por último, piensan como Arrio los que en Jesucristo ven solo a la criatura —el profeta

más cercano a Dios, un líder inspirador, el adalid de la justicia— pero que no es el Dios soberano. El simple signo de persignarnos en el Dios trino desbarata estas unilateralidades y nos coloca en el camino que lleva a la Vida. De aquí la importancia de santiguarnos en el nombre de la Trinidad.

Además de lo dicho, las palabras pueden evolucionar con el tiempo. Esto le ha sucedido al término Trinidad, que a muchos mueve a la adoración del misterio total de Dios y no a complicaciones conceptuales. Es lo que aparece en himnos y en el arte sagrado de diverso género. Más aún, la sensibilidad cristiana, debido a que en la Trinidad vivimos y por ella estamos marcados, mueve a encontrar sus huellas en toda la creación, como fue el caso de san Patricio de Irlanda en la hoja de trébol o de Ignacio de Loyola en el acorde de tres teclas.

Sin embargo, también tiene sus peligros quedarse solo con la Trinidad en forma desconectada de la historia de la salvación transmitida por la Escritura. Puede llevar a una especulación alejada de la gente, delicia de mentes sutiles. O a un esteticismo intimista. O a un credo ajeno al Dios de la revelación, que está metido hasta las mazas en nuestro acontecer humano.

Que sea la palabra Trinidad la principal tarjeta de presentación del Dios cristiano se presta para un rechazo en el no creyente y dudas innecesarias en el creyente. Lo del catecismo antiguo «tres personas distintas y un solo Dios no más» produce un *shock* aritmético y hace pensar en tres dioses, el triteísmo, herejía que existió desde el siglo IV y fue combatida por los santos Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Niza, campeones de la ortodoxia trinitaria de la época. Comenzar hablando con el número tres distrae de lo fundamental, que es que el único Dios es comunidad de amor. Es más sabio seguir hablando en categorías bíblicas de la obra salvadora del Padre por medio del Hijo Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo.

El primado del amor

El mejor enfoque para hablar de Dios es el del amor: «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Ser padre implica tener un hijo. El Padre se llama así porque por puro desborde de

amor desde la eternidad engendra a su Hijo, Jesucristo. Él posee la divinidad por sí mismo (=no engendrado), pero la comunica a su Hijo. Su ser es un radical y total desposeerse en favor del Hijo. Lo genera dándose por entero, sin reservarse nada para sí excepto la paternidad, que también es un darse. Si «el amor es comunicación de las dos partes» (San Ignacio, EE 231), el ser del Padre es puro amor porque su ser es darse todo entero al Hijo. No es que entre otros atributos divinos —sabiduría, vida, poder, justicia, alegría— Dios «tenga amor». Él es Amor. Mientras más rica y radical es una entrega mayor es el amor. No hay entrega más total que la del Padre al Hijo y la de este al Padre porque se dan su ser infinito. Por esto bien lo precisa San Juan al decir «Dios es amor».

El Hijo recibe el nombre de «Hijo» por estar siempre recibiendo el ser del Padre y con gozo devolviéndoselo en amor. Lo que lo constituye en el ser es no tener nada propio, recibirlo todo y devolverlo todo en amor. Podría pensarse que el Hijo, al no tener nada propio, es suma fragilidad. Lo que se demostraría en el abandono de la Cruz. Pero esto no es así porque no hay nada tan fuerte como el amor de Dios. Y la prueba es la resurrección y exaltación del Crucificado.

Este lazo amoroso entre el Padre y el Hijo no es un sentimiento etéreo y volátil, sino que es una relación real, viva y consistente. Es el Espíritu Santo la fuerza dinámica creadora y santificadora de Dios. Los tres son distintos, pero constituyen un único ser, Dios. San Juan de la Cruz lo expresa así:

*«Como amado en el amante/ uno en otro residía,
y aquese amor que los une/ en lo mismo convenía»
(Romance de la Trinidad).*

Los tres de la Trinidad son relaciones de amor: «Dios es amor». Pero no el amor de un filántropo solitario, sino el amor de los que participan en comunidad de un mismo ser divino. Amor que es un diálogo de novedad, alegría y dolor porque los tres viven y sufren con la aventura de la creación destinada a darle al Hijo muchos hermanos y al Padre nuevos hijos divinizados por el Amor-Espíritu.

Son personas

Hasta ahora no hemos llamado «personas» al Padre, al Hijo y al Espíritu. Pero una vez afirmado que son relaciones de amor, podemos decirlo dejando en claro que lo que los define como persona es su darse en amor totalmente el uno al otro, vivir en comunión de amor. Pero cada uno se da al otro de modo diverso: el Padre como amor sin origen, el Hijo como amor recibido y devuelto, el Espíritu como nexo de amor y energía creativa. De aquí que sea diferente en cada cual el modo de ser persona. Ciertamente no hemos de concebirlo, a la manera nuestra de ser persona, como tres autoconciencias distintas.

Esto ilumina nuestra condición de persona humana. Si hemos sido creados a imagen de Dios (Gen 1, 26), nuestro modo de ser y realizarnos como persona es vivir amando, «ser para los demás» (Pedro Arrupe). Todo encierro en nosotros mismos nos despersonaliza. Vivir en comunión de amor y propósito con otros nos agranda. El mandamiento de amar a Dios y al prójimo (Mt 22, 37) es la verbalización de lo que somos en nuestro ser más íntimo: imágenes vivas de Dios. Somos más y mejores personas en la medida en que vivamos en comunión de amor y servicio a Dios y a los demás. Como María: «He aquí la servidora del Señor» (Lc 1, 38). Como Jesucristo: «No he venido a ser servido sino a servir» (Mt 20, 28). Lo mismo dígame de la familia, la iglesia y la sociedad civil cuyo oficio es formar comunidades de personas que no vivan para sí sino para los demás.

Concluyendo

De lo dicho está claro que es preferible el modo bíblico de hablar de Dios. El que practicó Jesús al pronunciar las bendiciones judías tradicionales. O cuando bendice a su Padre por cuidar de las aves del cielo y los lirios del campo. O en sus largas noches de oración en busca de luz, fuerza y consuelo. O cuando nos enseña el Padrenuestro. O en el grito del abandono en la Cruz. O en sus palabras de Resucitado a María Magdalena: «Subo a mi Padre y Padre de ustedes, mi Dios y Dios de ustedes» (Jn 20, 17). **M**